

EL CENTENARIO DE UN VALENCIANO ILUSTRE: DON ELÍAS TORMO

EL CENTENARIO DE UN VALENCIANO
ILUSTRE (1869-1969)

En el año actual se cumple el centenario del nacimiento de un valenciano ilustre, que dulcemente murió en su casa madrileña de la plaza de España (donde había vivido sesenta años) a la longeva edad de los ochenta y ocho. Con su figura venerable, que tanto recordaba los viejos patriarcas de la Biblia (lengua barba blanca, nariz recta y afilada, mirada acariciadora y penetrante, figura recia y vigorosa, aunque artísticamente ladeada a la derecha), desaparecía un valenciano ilustre, dejando atrás una vida de fecundidad cultural, especialmente artística, impecable. Su fin sereno, suavizado por la ancianidad extrema, fue apagándose, dejando, con su recuerdo, su obra, que Valencia nunca debe olvidar.

No es precisamente la tierra valenciana, y concretamente la gran ciudad de Valencia, un modelo ejemplar en el recordatorio de los que fueron sus hombres ilustres; se reduce, quizás, a un nombre en la titulación callejera (y en este caso... en el alejado Benimámet) y el recuerdo, cada vez más leve, que el tiempo (el implacable Kronos mitológico) acaba por borrar, sin duda por ley implacable de la vida.

Plácemes merece, pues, el noble impulso de esta revista, ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, dedicando, en el año del centenario de su nacimiento, una atención especial a don Elías, a su persona y a su legado. Con mi admiración, quede en estas líneas la gratitud filial.

LAS ESTELAS DE UNA VIDA FECUNDA

Fueron muchos los campos donde se proyectó la actividad incansable de don Elías y donde se mantiene aún, en reducidas minorías selectas y eruditas, el recuerdo y el aprecio de sus aportaciones: las Reales Academias de Madrid (la de Bellas Artes de San Fernando y la de la Historia, con solemnidades y publicaciones); los Seminarios Universitarios para los estudios de Historia de las Bellas Artes; los especialistas en Derecho, los alumnos que fueron de don Elías (en Santiago y en Salamanca), y en Madrid, la treintena de generaciones que pasaron por su cátedra de Historia del Arte (1902-1940) y donde se forjó esa pléyade que forma la actual constelación de maestros de la Historia del Arte: Sánchez Cantón, Angulo, Camón, Lozoya, García-Bellido, Lafuente, Láinez,

Bellido, Garín, San Valero, Jiménez Placer, por citar sólo algunos... ¡Don Elías repetía que ellos constituían su gloria y su orgullo! Si se añadiese los cerca de quinientos escritos o estudios publicados (variadísimos, desde los grandes libros a las colaboraciones en revistas y diarios, folletos, separatas y discursos), constituyen unos y otros las dos firmes columnas, firmísimas, de su recuerdo, justificativas de esta conmemoración centenaria.

EL POLÍTICO Y EL GOBERNANTE

Desde su niñez, en el pueblo valenciano de Albaida, Tormo sintió el tirón de la política. Política en el amplio y profundo sentido nobilísimo del llamado a gobernar, llevado de un noble y desinteresado afán, una luminosa inteligencia y la adecuada preparación para tan alto cometido, pero muy lejos de la llamada baja política, ya que fue siempre ajeno a los avatares de las rivalidades partidistas y las actuaciones populares. Tan sólo una vez, en plena juventud (durante el primer gobierno Maura de 1904), se vio arrastrado, por la tragedia familiar de su cuñado Cervino, a luchar en su citado distrito natal de Albaida por un acta de diputado, que logró brillantemente. Y en el Congreso dejó huella de su gran actividad en comisiones e intervenciones que su jefe y maestro, don Antonio Maura, le confiara. Pero pronto se apartó de estos cauces de lucha política que le hubieran exigido tantísimas horas, que necesitaba para sus estudios; y en todas las siguientes legislaturas fue senador del Reino, pero elegido por los compromisos de las Sociedades Económicas de Amigos del País de Valencia, Alicante, Murcia, Lorca y Cartagena. ¡Cuánto agradeció esta confianza reiterada (1906-1923), a la que correspondió con su obra más densa y minuciosa, su guía *Levante (provincias valencianas y murcianas)*, verdadero repertorio exhaustivo del arte y la historia en grandiosa aportación no superada en cuarenta años! Sin embargo, no fue por los cauces de la política por donde llegó a los altos cargos, sino por la Universidad, que fue el amor de sus amores —universitario plenísimo, auténticamente universitario—, que hizo de don Elías, decano inolvidable por unanimidad de los claustros de la Facultad de Letras de Madrid, vicerrector por elección casi unánime del pleno claustro universitario en su único año de autonomía, rector, contra su deseo, por nombramiento del Gobierno, para saltar de allí

(antes había sido presidente del Consejo de Educación) a la cartera ministerial de Instrucción Pública y Bellas Artes, que rigió en las postrimerías de la monarquía, y donde planteó reformas trascendentales, a las que lo agitado de la época impidió dar efectividad. Y en todos los cargos dejó la estela de una clarividencia y una densidad de trabajo que sólo



Retrato de don Elías Tormo, por Vázquez Díaz

su naturaleza fortísima, al servicio de una voluntad de hierro, fue capaz de sobrellevar. No es la veneración filial del que escribe estas líneas, sino el testimonio de altísimas figuras académicas (Unamuno, Ortega y Gasset, García Morente, Menéndez Pidal, Marañón, Gómez Moreno), los que tantas veces lamentarían que la obra de Tormo al frente de la Educación Nacional, en sus diversos niveles, quedase paralizada y borrada por el advenimiento de la República.

EL UNIVERSITARIO Y EL ACADÉMICO

Tormo fue —ya se ha dejado apuntado—, en todo y sobre todo, un universitario. En primer lugar, como catedrático de Derecho Natural, por oposición (duran-

te pocos años), en la Universidad de Santiago, frustrada antes, por imposiciones políticas, su brillantísima oposición a la cátedra de Derecho Político, la gran ilusión y empeño de sus años mozos. Luego (y también por oposición brillantísima), catedrático de Teoría de la Literatura y las Artes, en la Universidad de Salamanca (1902-1903), que regentaba antes Unamuno, pasando luego a la cátedra —que fue «su» cátedra hasta la jubilación— de Historia del Arte, en Madrid. Y al desempeñar su cátedra, como tantos grandes maestros de su generación, renovó los procedimientos didácticos y se entregó en alma y cuerpo a sus alumnos y a la investigación: sus clases eran verdaderos semilleros de maestros y de estudio, y sus enseñanzas «sobre el terreno», llevando a sus discípulos a los museos (especialmente al Prado), y en días festivos recorriendo las cercanas ciudades histórico-artísticas inmediatas a la capital (Toledo, Avila, Segovia, Sigüenza, Aranjuez...), en jornadas que agotaban a los jóvenes de ambos sexos del doctorado, pero no al maestro, que, incansable, no dejaba sin ver y explicar todo lo explicable, para caer rendidos todos en la modesta tercera del tren de vuelta..., donde continuaba su charla aleccionadora y grata. Todos los cursos —con los aplicados...— terminaban en gran excursión (Italia, Francia, Marruecos...), y así, algunos de sus discípulos han recordado en artículos aquellas noches de tren, en la «honrada y dura madera de los terceras», agrupados y soñolientos, al profesor y sus alumnas y alumnos, cuando don Elías guardaba en su cartera el pase de libre circulación, en coche-cama, en la red ferroviaria, como senador del reino...

Junto al universitario, Tormo fue el académico, que es su complemento. Elegido en la vacante de Azcárate para la Real de la Historia, su discurso sobre «La Orden españolísima de los Jerónimos» se cuenta entre los más famosos. Ya años antes había ingresado en la Academia hermana, la de Bellas Artes de San Fernando, en la vacante de Viscasillas, en la que habló de la «Suprema intimidad estética de la música pura». Puede decirse que sus dos entorchados de «inmortal» le hicieron participar intensamente en todas las actividades de tan gloriosas corporaciones; no hubo sesión a la que no acudiese, salvo fuerza especialísima mayor; no hubo número de sus boletines en que no colaborase con brillantísimos estudios; no hubo acto corporativo en que no interviniese adecuadamente, siempre sobre temas propios de tan doctas Corporaciones. La muerte le llegó cuando, indebidamente retrasada, estaba asegurada su elección de académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas.

LA VALENCIANÍA DE DON ELÍAS

Valenciano por nacimiento (en Albaida, el 23 de junio de 1869), pasó su niñez en esta ciudad y luego en Valencia, en el Colegio «Luis Vives», de seglares,

ya que la revolución había barrido los colegios de religiosos. Luego, en la Universidad de Valencia, estudió sus dos carreras, de Derecho (con maestros que no olvidó nunca) y de Filosofía y Letras, aunque forzosamente tuvo que doctorarse de las dos Facultades en la Universidad madrileña, única entonces que podía otorgar el grado máximo de doctor. Aunque parezca vanidad retrospectiva de la sangre, no hay por qué ocultar que sobre el fuerte y fornido albaidense se acumularon matrículas y premios extraordinarios y que su tío don Juan Monzó, venerable hidalgo de Albaida, adornaba con sus diplomas su alquería del *Pansal*, ya que a este sobrino preferido acogió desde casi su nacimiento y costeó estudios y formación, siendo más tarde su padrino de boda.

Asentado en Madrid, como opositor a cátedras, pronto fue captado por el que había de ser su cuñado y por los grandes políticos don Germán Gamazo y don Antonio Maura, que hicieron a Tormo profesor particular de sus hijos en los estudios de Derecho y pasante de sus bufetes. Afirmóse así desde entonces su arraigo en Madrid, donde se casó y nacieron sus siete hijos, pero sin olvidar su tierra valenciana, que frecuentaba continuamente por atracción familiar, pero también por el estudio del Arte y la Historia, practicando también la lengua regional, que hablaba con todo valenciano que encontraba con esa fonética armoniosa que caracteriza a los albaidenses. No es, pues, de extrañar que cuando la «fiebre» del Arte le arranca de los caminos del Derecho, en los que parecía tener tan brillante porvenir, fuesen precisamente estudios de arte valenciano sus primeras aportaciones; así, por ejemplo (y aprovechando, como dijo, las esperas de malos enlaces ferroviarios en Játiva): *Un museo de primitivos: las tablas góticas de las iglesias de Játiva*, siguiéndole un gran número de estudios de arte valenciano a lo largo de su vida, publicados muchos de ellos en revistas y diarios, especialmente en «Las Provincias» (ya que tanto le apreciaban el patriarca Teodoro Llorente y su hijo) y en «La Voz Valenciana». Más tarde fueron trabajos más amplios, que culminan en la mencionada guía *Levante*, verdadero monumento al arte y la historia de Valencia, así como en sus estudios sobre los Ribalta, Sánchez-Coello, Vergara, Vicente López, sin olvidar por ello temas muy diversos, como el libro que publicó (fruto de sus intervenciones en el Parlamento) sobre alcoholes y vinos, problema entonces capital de la economía valenciana, o sobre San Vicente Ferrer, ya al final de su vida, con motivo del quinto centenario de su canonización, o la *Historia de Albaida*, y, finalmente, su obra *Monumentos de Valencia en peligro de pérdida*, que tan hondos disgustos le produjo.

Sí: Elías Tormo fue un valenciano auténtico, modesto, callado, sencillo, que quiso a Valencia y su tierra con entrañable amor y ternura, sin alharacas ni ostentación, pero que demostró su simpatía con los valencianos, que encontraron siempre en él un guía, una ayuda, un defensor. Cuando, siendo ministro, Va-

lencia celebraba las bodas de oro de su Adoración Nocturna, tuvo la gran alegría que el rey Alfonso XIII le otorgase su representación, y en la magna procesión inolvidable, adelantado y con honores reales, presidió los solemnísimos actos a la Eucaristía en su Valencia querida.

SU OBRA

El índice bibliográfico de las publicaciones de don Elías es ingente —en esta revista se publica un intento de catálogo— y su comentario llenaría muchas páginas de esta revista. Podrían clasificarse en numerosos apartados, en que, naturalmente, los de la historia del Arte constituyen la mayor parte. Mencionemos algunos de los primerizos:

Las viejas Series icónicas de los reyes de España; Las Descalzas Reales de Madrid; Bartolomé Bermejo, el más recio de los primitivos españoles; La colección de tapices de la Casa del Rey nuestro señor; Guadalupe y los cuadros de Zurbarán; La Inmaculada y el Arte español; Rodrigo de Osona, padre e hijo, y su escuela; Jacomart y el arte hispano-flamenco cuatrocentista; Velázquez y el salón de Reinos del palacio del Buen Retiro, etc.

Esos títulos son tan sólo algunos —los primeros— y sin mencionar colaboraciones en revistas, especialmente en el «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones», de la que fue secretario y aun «alma» de la simpática sociedad, en cuyo órgano citado tantos estudios publicó.

Amante de estudiar la obra de arte ante ella, infatigable y de naturaleza fuerte, fue el eterno viajero insaciable por ver, contemplar y estudiar todo lo relacionado con el Arte, la Arqueología y la Historia. Presumía ser el mejor conocedor de España, de haber llegado a los más apartados rincones en un plan de viaje siempre agotador, aprovechando hasta los últimos minutos, sin rechazar, si era preciso, la caminata, el carro o la baca de un atiborrado autobús pueblerino; utilizando las horas desde el amanecer, sin preocuparse de molestias y sacrificios ni tener asegurados los alojamientos, por humildes que fuesen, ni las comidas, que con frecuencia sustituía por chocolatinas y frutas, sin pensar en restaurantes ni hoteles. Fruto de ello fueron sus más de 500 *cuadernos de notas*, llenos de su minúscula letra, a los que añadía, pegándolos, papeles inverosímiles con nuevas aportaciones sobre monumentos, historias, esculturas, pinturas, etc. Proclamaba que había nacido para viajar y enseñar viajando, y que «en su mano había florecido el cálculo del turismo.»

Este afán de estudioso-viajero («yo he visto más que he leído», decía al hablar de su trabajo) rindió los frutos debidos. Se iniciaron con las que llamó *Cartillas excursionistas Tormo* (Ávila, Segovia, Sigüenza, etc.), de las que llegó a publicar (las últimas, costeadas por el Patronato de Turismo) más de una

veintena y de las que nunca pensó obtener ni obtuvo remuneración alguna. Luego vinieron obras de mayor empeño: *Levante* (ya mencionada), editado por Calpe; la guía del *Centro de España* (de la que la república frustró su impresión); guías de museos (como los de Toledo, los de Valencia o el de la Academia de San Fernando) o de catedrales (como las de Salamanca), etc.

No es de extrañar que la intensidad de su trabajo, asombroso en su fecundidad, pese a su larga vida, tuviese ciclos y facetas distintas. Así podría señalarse, en las circunstancias adversas de los años treinta, su apartamiento de los temas de España, buscando en Oriente (Egipto, Tierra Santa, Grecia, Italia del Sur) temas y afanes a sus estudios. Marcha en repetidos viajes al Oriente Medio y salen nuevas obras, y estudia con gran profundidad toda la arqueología cristiana de Palestina o se hunde en el piélago maravilloso de la escultura griega, realizando estudios que da a conocer en ciclos de conferencias (siempre con proyecciones) por toda España y en multitud de publicaciones y colaboraciones.

Más adelante le sorprende la guerra civil española en Roma, y ante las terribles noticias de la patria y de la familia (dos hijos asesinados; otro, enfermo, muerto; así como su madre, nonagenaria, en la Albaida de la época roja), sus tres hogares (el madrileño y dos casas de campo) saqueados y con ellos sus papeles, sus notas, sus libros..., don Elías se entrega en Roma, con la expresa autorización del Gobierno de Burgos, a estudios romanos y a enseñar y dar conferencias en Roma a las oleadas de españoles huidos de la Península... Fruto de todos estos años tristes son sus libros monumentales que el Ministerio español de Asuntos Exteriores publicó: *Monumentos de españoles en Roma* (dos grandes tomos de impresión lujosa) y el no menos sobre el códice escurialense de dibujos romanos de Francisco d'Ollanda.

Los años cuarenta, que serían también los de su jubilación, pero no en sus estudios y trabajos, serán los de estudios matritenses, nacidos de un empeño editorial para una monumental Historia de Madrid, que no llegó a realizarse. Más de quince libros proclaman el «madrileñismo» adoptivo de don Elías, sobresaliendo *Las iglesias del antiguo Madrid*; el libro sobre el cerco amurallado de Madrid, creación del califato, *Historia de la calle de Fuencarral*; *La capitalidad: cómo Madrid es Corte*, por sólo citar algunos...

Apartado ya propiamente de sus temas artísticos por su dolor de contemplar la desolación de la riqueza monumental de España, y en especial la valenciana, otro de sus refugios es la Historia, y plantea en las Academias, y luego publica, magníficas monografías, de las que no puede menos de mencionarse *La trage-*

dia del príncipe don Carlos, La falsa Donatio de Constantino, o quizá la que más polémica levantó, *Un heterodoxo desconocido de Menéndez Pelayo, re- gente de España: Maximiliano de Austria*.

EL HOMBRE: LEYENDA Y REALIDAD

Tormo fue, desde su vida escolar, persona de una recia personalidad no desprovista de perfiles que, naturalmente, la gente exageraba. Le vio con frecuencia como «un sabio de aspecto sorprendente»: su figura, con su bíblica barba y su cráneo redondo, de apretada cabellera cortada al rape; su afán andariego (por muchos años, siguiendo mandatos del doctor Marañón, hacía a pie cincuenta kilómetros a la semana); sin usar nunca sombrero ni gabán, ni en los días más crueles del invierno madrileño, siempre ágil, siempre sano, siempre de prisa, unido a su régimen alimenticio casi totalmente vegetariano y «frutero», fueron más que suficientes motivos para crearle su leyenda de «raro» y aplicarle sus anécdotas..., casi todas infundadas.

Pero sí es cierto que fue un hombre especial: de vida casi anacoreta y, sin embargo, de trato cordialísimo y lleno de simpatía en sus charlas con toda clase de gentes. Un trabajador que, con sinceridad, puede decirse no ha tenido igual: madrugador infatigable, a las cinco abandonaba el lecho, y tras su misa se ponía al trabajo, que no dejaba hasta muy avanzada la noche. Durante sus últimos cincuenta años (quedó viudo a los cuarenta, con siete hijos) no pisó un teatro y no conoció jamás el cine, ni un campo de fútbol, ni cosa que lo pareciese. Rigurosamente siempre de negro, era el prototipo de una vida durísima, sin reposo ni vacaciones, de trabajo intensísimo, pero de salud de hierro. Y esto en todas partes: en la vida de hogar y en la Universidad; en el viaje (y su vida fue un constante viajar, desde Londres a Leningrado, desde El Cairo a Hamburgo) y en la quietud; en la paz de su despacho o en... el tranvía o el metro; en el despacho ministerial (dormía en el Ministerio y trabajaba en él desde el amanecer) o en la cátedra. Don Elías, con sus notas y papeles, aprovechaba todos los momentos. Sus pensamientos e ideas (y cuán interesantes y sorprendentes fueron sus *Confesiones filosóficas*, mientras sus *Confesiones políticas* y *Memorias* están inéditas) las elaboraba en largas caminatas por las afueras de Madrid o de Roma, por las callejas de escaso tránsito o volviendo, aún de noche, de su misa tempranera...

Fue un hombre justo que, sin duda, goza ya de Dios.

JUAN TORMO CERVINO